



Alianza del Pacífico y CELAC: ¿dos agendas geopolíticas divergentes para América Latina?*

Aránzazu Tirado Sánchez**

Resumen

Los cambios que ha experimentado en los últimos años la región latinoamericano-caribeña, tras la “década perdida” y el fracaso del neoliberalismo expresado en el Consenso de Washington, se reflejan también en el área de la política internacional. Así, bajo el impulso de gobiernos de una izquierda plural que lograron llegar al poder aupados por las luchas populares, nos encontramos en América Latina y el Caribe ante lo que podría denominarse una efervescencia integracionista que está trastocando el mapa geopolítico del continente y, por extensión, del sistema internacional en su conjunto. La expresión más simbólica de estos nuevos tiempos es el lanzamiento de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) que, por su importancia política y estratégica, ha encontrado pronto respuesta en proyectos antagónicos como la Alianza del Pacífico. En el presente artículo, pretendemos realizar una breve aproximación a ambas iniciativas para establecer las diferencias que nos permiten hablar de dos agendas geopolíticas diferenciadas para el continente que entroncan, a su vez, con las viejas pugnas entre bolivarianismo y panamericanismo.

Palabras clave: CELAC – Alianza del Pacífico – Geopolítica – Integración – América Latina

* El presente artículo es una versión modificada de la ponencia presentada por la autora en el Congreso 2015 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos celebrada en San Juan, Puerto Rico, del 27 al 30 de mayo de 2015. Recibido 21/12/15. Aceptado 14/3/16.

** Licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración (itinerario de Relaciones Internacionales - Universidad Autónoma de Barcelona). Maestra en Estudios Latinoamericanos y doctorante en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo: arantxa.tirado@gmail.com

Summary

The changes experienced in recent years by the Latin American-Caribbean region, after the “lost decade”, and the failure of neoliberalism expressed in the Washington Consensus, are also reflected in international politics. Thus, under the impulse of a variety of left-wing governments, that managed to come to power thanks to grassroots struggles, Latin America and the Caribbean face what could be called a surge in integration that is disrupting the geopolitical map of the continent and, by extension, the international system as a whole. The most symbolic expression of these new times is the creation of the Community of Latin American and Caribbean States (CELAC) which, due to its political and strategic importance, has quickly been confronted with antagonistic projects, such as the Pacific Alliance. In this article, we will give a brief overview of both initiatives in order to identify the differences, allowing us to discuss two distinct geopolitical agendas for the continent that, in turn, are connected with old struggles between *bolivarianism* and Pan-Americanism.

Keywords: CELAC – Pacific Alliance – Geopolitics – Integration – Latin America

Resumo

As mudanças que tem experimentado nos últimos anos a região latinoamericano-caribenha, depois da “década perdida” e o falhanço do neoliberalismo expressado no Consenso de Washington, refletem-se também no área da política internacional. Assim, baixo o impulso de governos de uma esquerda plural que conseguiram chegar ao poder aupados pelas lutas populares, nos encontramos em América Latina e o Caraíbas ante o que poderia se denominar uma efervescencia integracionista que está trastocando o mapa geopolítico do continente e, por extensão, do sistema internacional em seu conjunto. A expressão mais simbólica destes novos tempos é o lançamento da Comunidade de Estados Latinoamericanos e Caribenhos (CELAC) que, por sua importância política e estratégica, tem encontrado resposta imediata em projectos antagónicos como a Aliança do Pacífico. No presente artigo, pretendemos realizar uma breve aproximação a ambas iniciativas para estabelecer as diferenças que nos permitem falar de duas agendas geopolíticas diferenciadas para o continente que entroncan, a sua vez, com as velhas pugnas entre bolivarianismo e panamericanismo.

Palavras-chave: CELAC – Aliança do Pacífico – Geopolítica – Integração – América Latina

Introducción

En esta segunda década del siglo XXI, se confirma que estamos asistiendo a una auténtica reconfiguración del sistema internacional de la Post-Guerra Fría.¹ Las nunca olvidadas pugnas entre potencias centrales se están extendiendo a otros rincones del planeta, en los que Estados Unidos encuentra escollos para lograr mantener su hegemonía política y cultural debido a la respuesta —aislada, a veces, organizada, otras— proveniente de países periféricos en el actual sistema internacional pero que están dotándose de cada vez mayor autonomía. Una acción que incide, asimismo, en la paulatina pérdida de hegemonía económica que Estados Unidos viene experimentando desde la década de los setenta del siglo XX. Una de las regiones que lidera la impugnación a estas pretensiones de hegemonización del imperialismo estadounidense es América Latina y el Caribe. A través de las iniciativas que se proponen la construcción de una nueva estructura institucional contrahegemónica (como la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos —ALBA-TCP—, la Unión de Naciones Suramericanas —Unasur— o la CELAC), América Latina y el Caribe están marcando su propia agenda en el ámbito de las relaciones internacionales. Sin embargo, Estados Unidos cuenta con aliados en lo que fue y sigue siendo su reserva estratégica para tratar de socavar las iniciativas latinoamericanas, así como los seculares anhelos integracionistas de la región. Derrotado el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y tras una fase en que los tratados comerciales bilaterales llegaron para sustituirlo, pareciera que el relevo en los intentos de volver a imponer la agenda neoliberal en el continente americano lo está tomando la Alianza del Pacífico. En este marco, la CELAC aparece como el intento de generar un consenso básico entre el conjunto de los países latinoamericano-caribeños obviando la injerencia estadounidense y creando una agenda propia de sus asuntos de interés aunque, como se verá a lo largo del artículo, su puesta en práctica no ha impedido que en la región surjan iniciativas que siguen apostando por una agenda liberalizadora que no todos los países de la región comparten. El artículo parte del análisis de fuentes secundarias, pero también de fuentes primarias como son los datos de organismos internacionales o los documentos emanados de los propios organismos de integración y/o concertación política, para esbozar un panorama sobre estas distintas agendas en pugna en el continente. Ello es realizado desde una perspectiva teórica que entronca con las corrientes del pensamiento crítico latinoamericano-caribeño.

¹ Usamos el concepto Post-Guerra Fría para denotar el período que se inicia con el fin de la bipolaridad de la Guerra Fría y que dura hasta la actualidad, a pesar de ser conscientes de que periodizar los acontecimientos internacionales bajo la lectura histórica que de ellos hacen las grandes potencias occidentales puede suponer un reduccionismo de la historia universal que incurra en un “aldeanismo estadounidense”, como apunta John Saxe-Fernández. Véase (Saxe-Fernández, 2002: 155).

América Latina y el Caribe, importancia geopolítica para el imperialismo y efervescencia integracionista

En contra de lo que afirman quienes consideran que la importancia de América Latina y el Caribe es decreciente en el sistema internacional posterior a la Guerra Fría (Russell y Tokatlian, 2009: 216-217), lo cierto es que la región latinoamericano-caribeña nunca ha dejado de ser importante para Estados Unidos. En la actualidad los *think tanks* de Estados Unidos están visualizando a la región como una zona aliada con la que contar para reflotar su declinante hegemonía mundial a través de la creación de alianzas trilaterales con Europa basadas en “una comunidad de intereses y valores” (Transatlantic Task Force, 2013: 4). De igual modo, el propio gobierno de Estados Unidos está involucrando a la región en su Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, también conocido como Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (ATP o TPP por sus siglas en inglés), en el que los países de la Alianza del Pacífico, a excepción de Colombia, juegan un rol predominante.

Estas consideraciones nos llevan a pensar que quizás tengan razón los autores que afirman que “América Latina es, para los Estados Unidos, la región del mundo más importante” (Borón, 2012: 68). El origen de tal interés radica en la importancia geopolítica de una región que es poseedora de gran parte de los recursos naturales estratégicos² que Estados Unidos necesita importar para poder sustentar su sistema de producción capitalista (Borón, 2012: 73). A ello hay que añadir la riqueza latinoamericano-caribeña en términos de biodiversidad o su papel como “retaguardia militar” para Estados Unidos, demostrada por la gran cantidad de bases militares de dicho país en territorio latinoamericano.³

La actual geopolitización de las relaciones internacionales se observa por el interés creciente de las potencias dominantes por hacerse con el control de los recursos antes mencionados, interés que va de la mano de una militarización de la política exterior de Estados Unidos, cuyo propósito último es garantizar la aplicación de iniciativas de carácter comercial que tratan de recuperar la hegemonía económica perdida en los últimos lustros. Pérdida de hegemonía que se entiende con sólo un dato: Estados Unidos es, en la actualidad, el mayor deudor del mundo. De igual modo, como demuestran los casos de las intervenciones en Irak, Afganistán o Libia, se trata de controlar, incluso militarmente, zonas geográficas de importancia estratégica por su condición de productoras de petróleo y gas, de poseedoras de agua y minerales clave o por su ubicación

² Siguiendo a Gian Carlo Delgado, “un recurso natural estratégico es aquel que es clave en el funcionamiento del sistema capitalista de producción y/o para el mantenimiento de la hegemonía regional y mundial. Puede además ser escaso o relativamente escaso, sea debido a las limitadas reservas existentes o como producto de relaciones de poder establecidas que restringen, en ciertos contextos socio-históricos, el acceso, gestión y usufructo del mismo” (Delgado Ramos, 2012: 15).

³ Para profundizar en este tema, puede consultarse Luzzani (2012).

geoestratégica, bien sea por la red de vías existente para el tráfico de productos (de carácter legal o ilegal), bien sea por los pasos de acceso marítimo para el transporte de mercancías o la defensa.

Todo ello se da en el marco de una crisis económica que se extiende por todo el orbe y que, si bien en un primer momento afectó en mayor medida a las economías de los países centrales (Europa, Estados Unidos), en la actualidad ha logrado tocar las economías de los países “en desarrollo”, a causa del descenso de los precios de las materias primas. Una crisis que apunta al agotamiento de un modelo económico, el capitalista, que cada vez encuentra mayores dificultades para mantener sus tasas de ganancia. De ahí que el retorno a las políticas de exportación de capitales —una característica del imperialismo clásico— sea uno de los rasgos visibles en la actualidad. Pero no es la única característica pues, a decir de autores como James Petras y Henry Veltmeyer:

el imperialismo actual, al igual que en el pasado, está diseñado y funciona para promover, como sea posible, el proyecto de la acumulación de capital, para penetrar los mercados existentes y abrir nuevos mercados, para explotar la fuerza de trabajo de manera tan inhumana como se necesite, para extraer plusvalía de los productores directos dondequiera que se pueda, y acceder o procesar materias primas y minerales conforme se necesite (Petras y Veltmeyer, 2012: 165).

La región latinoamericano-caribeña, en su calidad de “reserva estratégica” (Saxe-Fernández, 2009: 19-25) es, sin duda, una de las regiones del mundo donde primero impacta la proyección hemisférica de Estados Unidos y donde se puede observar con mayor nitidez, por tanto, el fenómeno imperialista.

Sin embargo, esta misma región ha respondido a las políticas imperialistas en las últimas décadas a través de grandes luchas populares exitosas que han conseguido llevar a la gubernatura de sus respectivos Estados, a una pluralidad de fuerzas de la izquierda que comenzaron a conformar una nueva correlación de fuerzas en el continente latinoamericano-caribeño, rompiendo el alineamiento con Estados Unidos que había sido característico de la región —salvando la excepción cubana— durante la década de los 90 del siglo XX hasta la llegada al poder de Hugo Chávez en 1998.

La nueva correlación de fuerzas se expresó también en el plano internacional materializándose en una efervescencia integracionista que, en algunos casos, nació con la pretensión de impulsar la defensa de las soberanías nacionales de los países latinoamericanos y caribeños, algo que irremediamente suponía confrontar los intereses del imperialismo estadounidense en la zona. Esta integración de “tercera generación” (Guerra Vilaboy y Maldonado Gallardo, 2006: 83) se diferencia de las iniciativas que se dieron a partir de la segunda mitad del siglo XX con procesos de integración focalizados en los aspectos económicos, más que en aspectos políticos y, mucho menos, sociales. Eran los tiempos del regionalismo abierto que desde la década de los 90 del siglo XX comenzó a dar visos de agotamiento y a ser cuestionado por un nuevo regionalismo que se hizo fuerte

a partir de 2005 (Sanahuja, 2009: 12-22), aunque la crisis del regionalismo abierto no implicó su completa desaparición en el escenario regional.

Con la llegada al poder de gobiernos de una plural izquierda, se entra en una dinámica de nuevas propuestas, etapa calificada por algunos autores de “regionalismo post-liberal” (Sanahuja, 2009: 11-54) o “regionalismo post-hegemónico”. Para otros autores, en la coyuntura actual coexistirían distintos regionalismos que fragmentarían el hemisferio en tres ejes sustentados sobre tres modelos económicos diferenciados. Un “eje de regionalismo abierto-TLC”, donde se insertaría la Alianza del Pacífico; otro llamado “eje revisionista”, donde se incluirían iniciativas como el Mercosur o la Unasur; y un tercero que sería el “eje antisistémico” (Briceño Ruiz, 2010: 44-45), donde se incluiría el ALBA-TCP. En medio de estos tres ejes quedaría la CELAC como una iniciativa no vista antes en la historia latinoamericano-caribeña.

Es en esta coyuntura de coexistencia de distintos (y hasta divergentes) proyectos políticos regionales en la que surgen las iniciativas que pasamos a analizar: CELAC y Alianza del Pacífico.

La CELAC

La CELAC puede considerarse la culminación de esta nueva ola de integración, fruto de los nuevos aires en la región latinoamericano-caribeña que se expresa en la determinación del conjunto de países latinoamericanos por construir un mecanismo de concertación regional que sea de América Latina y el Caribe para América Latina y el Caribe. Sus antecedentes inmediatos se encuentran en la Declaración de Cancún, acuerdo suscrito en la XXI Cumbre del Grupo de Río y II Cumbre de América Latina y el Caribe sobre Integración y Desarrollo (CALC), también conocida como Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe, celebrada en esa misma ciudad en febrero de 2010. A su vez, la CALC supone una transmutación del preexistente Grupo de Río. En este sentido, la CELAC bebe directamente de experiencias previas como el Grupo de Río que, a su vez, se origina de la fusión del Grupo de Apoyo (Argentina, Brasil, Uruguay y Perú) y el Grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela), iniciativas creadas en la década de los 80 para promover la paz en Centroamérica y que marcaron un punto de inflexión en la manera de resolver los asuntos latinoamericanos sin injerencias foráneas. Existe una disputa académica —y política— por establecer qué países son los principales artífices de la CELAC. Así, para algunos autores (Rojas Aravena, 2012: 16-27), Brasil y México compartirían dicha autoría; mientras que para otros (Guerra Vilaboy y Maldonado Gallardo, 2006) el liderazgo y empuje recaería en la Venezuela bolivariana y, en especial, en su entonces presidente, Hugo Chávez. Esta última visión es la que comparten varios de los mandatarios de la región ya que el empeño del presidente Chávez por concretar la CELAC, a la que veía como la materialización de los ideales bolivarianos, fue notorio.⁴ Autores como Ángel Guerra Cabrera consideran que la CELAC “es también conse-

⁴ Para observar el activismo internacional de la Revolución Bolivariana y las múltiples iniciativas de cooperación Sur-Sur que se pusieron en marcha desde la llegada al poder de Hugo Chávez, puede consultarse Ojeda Medina (2010).

cuencia de cinco siglos de luchas populares”.⁵ Sin duda, las luchas populares son las que explican la conquista de los gobiernos por parte de una pluralidad de izquierdas y fuerzas progresistas que han permitido esos nuevos aires políticos o, por decirlo más clásicamente, una nueva correlación de fuerzas en la región.

La CELAC fue puesta en marcha en Caracas en diciembre de 2011, aunque su lanzamiento estaba previsto para julio de 2011, lo que no fue posible por la agenda del presidente Chávez que se vio trastocada por sus problemas de salud ese año. Se puede considerar un éxito diplomático, pues logró que la práctica totalidad de los presidentes latinoamericanos y caribeños, de muy distinta ideología política, asistieran a la ceremonia que dio inicio a un proyecto común que excluía a Estados Unidos y Canadá, países que sí están representados a escala hemisférica en las instancias panamericanas como la Organización de Estados Americanos (OEA). En este sentido, la CELAC fue ideada —al menos así lo veían los mandatarios críticos del imperialismo estadounidense— para ser un mecanismo de concertación latinoamericanista que pudiera sustituir paulatinamente el sistema interamericano erigido por Estados Unidos en la región, del cual Cuba no participaba por su exclusión de la OEA en 1962.

La diplomacia bolivariana tuvo un papel muy activo en esa primera Cumbre fundacional, no sólo porque se celebraba en Caracas sino porque logró conectar este lanzamiento con el legado histórico bolivariano y la conmemoración del Bicentenario de la Independencia. Ello se puede observar en el título de la Declaración de Caracas: “En el Bicentenario de la Lucha por la Independencia Hacia el Camino de Nuestros Libertadores” así como en su contenido, muy influenciado por éste. Pero también se puede observar en los puntos mínimos del acuerdo logrado entre los diversos gobiernos latinoamericanos, en algunos casos confrontados ideológicamente.⁶ Lograr estos equilibrios fue uno de los principales retos de la CELAC en su inicio y lo sigue siendo a día de hoy. Por ello, la CELAC decidió crear una Presidencia Pro Témpore que es asistida por una *troika* compuesta por el Estado que preside la CELAC, el que la presidió y el que lo sucederá en la presidencia. Su primera *troika* fue ejemplo de ese equilibrio entre gobiernos de distinta naturaleza ideológica, pues se integró con el Chile de Sebastián Piñera, la Cuba de Raúl Castro y la Costa Rica de Laura Chinchilla. Y, a lo largo de estos cuatro años, la fórmula se ha seguido repitiendo. La CELAC enfrenta diversos retos pero hasta la fecha tiene el mérito de haber puesto de acuerdo a los 33 Estados latinoamericanos y caribeños para concretar un mecanismo intergubernamental de concertación política que defiende los intereses de la región, sin

5 Guerra Cabrera, Á., “La Celac y las luchas contra el neoliberalismo (I)”, [en línea], La Habana, *Cubadebate*, 31 de enero de 2013. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/?p=201715> (visitado el 2 de febrero de 2013).

6 Así, en el punto 23 de la Declaración de Caracas puede leerse: “Que reconociendo el derecho que tiene cada nación de construir en paz y libremente su propio sistema político y económico, así como en el marco de las instituciones correspondientes de acuerdo al mandato soberano de su pueblo, los procesos de diálogo, intercambio y negociación política que se activen desde la CELAC deben realizarse tomando en cuenta los siguientes valores y principios comunes: el respeto al Derecho Internacional, la solución pacífica de controversias, la prohibición del uso y de la amenaza del uso de la fuerza, el respeto a la autodeterminación, el respeto a la soberanía, el respeto a la integridad territorial, la no injerencia en los asuntos internos de cada país, la protección y promoción de todos los derechos humanos y de la democracia”.

injerencias foráneas, que puede avanzar a pesar de las divergencias de opiniones en su seno y que busca su propio lugar en el sistema internacional. La CELAC ha conseguido integrar diferentes identidades subregionales de manera armónica “haciendo compatibles y asociables los distintos proyectos y la diversidad de enfoques tanto en lo que se refiere al modelo interno de las naciones como a su grado y forma de inserción en la economía internacional”.⁷

Otro aspecto importante es que entiende a América Latina y el Caribe como a un bloque de poder, conformando la tercera economía más grande y potente a escala mundial, que puede interactuar en el sistema internacional de manera coordinada, partiendo de unos mínimos intereses compartidos que podrían resumirse en la defensa de la soberanía nacional. Es más, el rol de América Latina y el Caribe como un actor unitario en el sistema internacional ha sido ya reivindicado por distintos líderes políticos. Por ejemplo, en la VII Cumbre de las Américas, celebrada en abril de 2015 en Panamá, el presidente ecuatoriano Rafael Correa, consideró que los países latinoamericanos y caribeños deberían actuar de manera coordinada bajo el paraguas de la CELAC al interior de la OEA, para dirimir como bloque sus diferencias con Estados Unidos y Canadá en ese organismo multilateral.

Esta visión entronca con la idea de dar mayor peso a los países del sur en la arena internacional que estuvo detrás de la creación del G-77 en su momento. Por tanto, la CELAC se configura como la continuación de una política hasta cierto punto “tercermundista”, antihegemónica, soberanista y con voluntad de democratización de los organismos internacionales. Unas características que, conviene no olvidarlo, han sido eje de actuación de las proyecciones externas de la Revolución Cubana y de la Revolución Bolivariana.⁸ En estos primeros años de vida, la CELAC ha tratado de diversificar las relaciones regionales con actores extracontinentales, acercándose a Estados y bloques regionales como la Unión Europea, Rusia, China, Japón, Corea del Sur o el Consejo de Cooperación de los Países Árabes del Golfo. Hasta el momento, los acuerdos más avanzados parecen ser los suscritos con la República Popular de China y con la Unión Europea.

La CELAC, como el continente, es en la actualidad un escenario en disputa, donde coexisten distintos gobiernos que tienen distintas agendas con diferentes prioridades. Éstas parten de las diversas concepciones sobre qué debería ser la CELAC y cómo se quieren involucrar los países en esta instancia de concertación política. De hecho, se pueden distinguir algunos bloques en el seno de la CELAC, entre los que destacan los países bolivarianos y el conformado por los países que integran el eje de derecha regional y que forman parte de la Alianza del Pacífico, que pasamos a analizar a continuación.

⁷ Aharonian, A. “CELAC en La Habana: el desafío de construir una agenda propia y un destino común” [en línea] Quito, ALAI: *América Latina en Movimiento*, 23 de enero de 2014. Disponible en: <http://www.alainet.org/es/activa/70702> (visitado el 27 de abril de 2014).

⁸ Para profundizar en sendas políticas exteriores puede consultarse Tirado Sánchez (2011).

La Alianza del Pacífico

El diseño de la Alianza del Pacífico no puede dissociarse de la reconfiguración de la estrategia estadounidense hacia América Latina y el Caribe después de la derrota de su propuesta del ALCA, escenificada en la IV Cumbre de las Américas que tuvo lugar en 2005, en Mar del Plata. Ante el fracaso del ALCA, Estados Unidos optó por la vía de los acuerdos bilaterales con sus países aliados reactivando la firma de Tratados de Libre Comercio (TLC) con los países con los que todavía no había concretado TLCs.⁹

Para esta reconfiguración, Estados Unidos contó con cuatro aliados: Chile, Colombia, México y Perú, cuyos gobiernos compartían con la potencia del norte en ese momento (y siguen compartiendo, pese a la alternancia gubernamental) una concepción del desarrollo económico por la vía de la apertura. De este modo, decidieron lanzar la Alianza del Pacífico justo unos meses antes de la creación de la CELAC, concretamente el 28 de abril de 2011. Pero no fue hasta junio de 2012 que los cuatro países miembros firmaron el Acuerdo Marco de la Alianza del Pacífico.

Es posible encontrar los antecedentes de esta Alianza en el Foro del Arco del Pacífico Latinoamericano creado en 2007¹⁰ que, a su vez, fue en sí mismo una respuesta a la derrota del ALCA y el surgimiento, tres años antes, del ALBA-TCP. Por tanto, fue ideado para defender las políticas neoliberales de décadas atrás. Pero, además, la idea de lanzar el Foro también tuvo que ver con la “creciente importancia de los países de Asia y del Pacífico como potencial comercial de los Estados de la región”, profundizada “por la creciente presencia de China como actor económico en América Latina” (Briceño Ruiz, 2010: 55). La voluntad de convertir este Foro en la Alianza del Pacífico es un intento por relanzar la agenda neoliberal en el continente americano. Tras años de ostracismo fruto del desprestigio del Consenso de Washington, el neoliberalismo volvió a articularse para hacer frente a otros proyectos políticos que, si bien están muy distantes de ser en su conjunto propuestas anticapitalistas, sí pueden considerarse, *grosso modo*, como antineoliberales o postneoliberales así como contrahegemónicos. En este sentido, la Alianza del Pacífico puede considerarse una ofensiva conservadora en respuesta a las iniciativas progresistas como la Unasur y su propuesta de crear una “Nueva Arquitectura Financiera Regional” por la vía de un Banco del Sur o, incluso, a los intentos de revitalizar el Mercado Común del Sur (Mercosur), especialmente tras la entrada de Venezuela en 2012. Pero es también, sin duda, una respuesta a la articulación de los intereses latinoamericanos y su protagonismo creciente en el sistema internacional como bloque independiente de la tutela de Estados Unidos por medio de la CELAC.

⁹ Así, el TLC con Perú se firmó en 2006 (aunque entró en vigor en 2009) y con Colombia fue firmado en 2012. Por su parte, Chile ya lo había firmado en 2003 (entrando en vigencia en 2004) y México en fecha tan temprana como 1994.

¹⁰ El Foro del Arco del Pacífico estuvo integrado por Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Honduras, Nicaragua y México. La iniciativa comprendía “a los países que aún suscriben el modelo de regionalismo abierto, salvo Nicaragua y Ecuador: Y por otro lado agrupa a todos los países que han suscrito un TLC con EEUU y la Unión Europea (salvo Ecuador)” (Briceño Ruiz, 2010: 45).

Dado que varios países de la Alianza del Pacífico (Chile, Colombia y Perú) forman parte también de la Unasur, parecería que al crear la Alianza, posteriormente a su creación, estaban mostrando su discrepancia con los objetivos de Unasur,¹¹ que es un bloque que integra, de hecho, a más países sudamericanos que la Alianza. Al observar los objetivos de la Alianza del Pacífico, observamos un énfasis en la liberalización de mercados y capitales,¹² por tanto, no podemos más que pensar que la Alianza del Pacífico surge como una respuesta política e ideológica, no tanto para propiciar el comercio con la zona de Asia-Pacífico —algo que se podría haber hecho perfectamente desde la Unasur como bloque—, sino para buscar un tipo de relación con esa zona basada en unas premisas claramente neoliberales que en el seno de la Unasur no hubieran conseguido el mismo quórum en la actual correlación de fuerzas latinoamericano-caribeña.

Para algunos autores, por su posicionamiento geográfico privilegiado para el comercio con Asia, la Alianza del Pacífico sería también una “frontera de control de las relaciones económicas entre Asia y América, limitando la libertad de penetración para las inversiones chinas y cerrando las salidas directas al Pacífico para la zona industrial de Sudamérica” (Ceceña, 2012: 17) lo que vendría a golpear los intereses de Brasil en la región y su apertura hacia la región Asia-Pacífico.¹³

Los países integrantes de la Alianza del Pacífico comparten una voluntad de “apertura económica” en aras de una “integración profunda” que les permita avanzar hacia la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas. Frente a ellos se encuentran otros países que apuestan por una agenda comercial más focalizada en la cooperación o la complementariedad económica, como sería el caso de los países integrantes del ALBA-TCP. Ello a pesar de que la Alianza contempla el establecimiento de un Fondo de Cooperación de la Alianza del Pacífico, del que previsiblemente se beneficiarán los estudiantes becados para el intercambio estudiantil entre los países. Cabe apuntar que todas estas iniciativas conviven en el seno de la CELAC mostrando las distintas agendas existentes en la región en esta segunda década del siglo XXI.

Esta preocupación por la apertura económica se observa en el requisito establecido para los nuevos Estados parte en el Acuerdo Marco. Los adherentes han de tener “vigente un acuerdo de libre comercio con cada una de las Partes”.¹⁴ Costa Rica y

¹¹ En su página web la UNASUR declara: “Nuestro objetivo es construir un espacio de integración en lo cultural, económico, social y político, respetando la realidad de cada nación. Nuestro desafío es eliminar la desigualdad socio-económica, alcanzar la inclusión social, aumentar la participación ciudadana, fortalecer la democracia y reducir las asimetrías existentes, considerando la soberanía e independencia de los Estados”. <http://www.unasursg.org/es/quienes-somos>

¹² Por su parte, la Alianza del Pacífico establece como sus objetivos: “1. Construir, de manera participativa y consensuada, un área de integración profunda para avanzar progresivamente hacia la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas. 2. Impulsar un mayor crecimiento, desarrollo y competitividad de las economías de las Partes, con miras a lograr un mayor bienestar; la superación de la desigualdad socioeconómica y la inclusión social de sus habitantes. 3. Convertirse en una plataforma de articulación política, de integración económica y comercial y de proyección al mundo, con especial énfasis en Asia-Pacífico” http://alianzapacifico.net/que_es_la_alianza_la_alianza-del-pacifico-y-sus-objetivos/

¹³ Brasil es el país que tiene una relación más intensa con Asia-Pacífico (Muñoz y López, 2012).

¹⁴ Acuerdo Marco de la Alianza del Pacífico, disponible en <https://alianzapacifico.net/?wpdmdl=4464>.

Colombia firmaron en junio de 2012 el inicio de las negociaciones para establecer un Tratado de Libre Comercio entre ambos países, requisito *sine qua non* para poder entrar a formar parte de la Alianza del Pacífico como Estado Miembro.¹⁵ Panamá, junto a Costa Rica, que es miembro observador desde marzo de 2012, también se encuentra en la lista de países candidatos. En el caso costarricense, el presidente Luis Guillermo Solís Rivera encargó un informe técnico sobre los pros y contras del acuerdo, tras cuyo estudio pretende tomar una decisión sobre la entrada plena de su país. El presidente de Guatemala, Otto Pérez Molina, también exteriorizó su voluntad de ingresar a la Alianza del Pacífico como Estado Miembro (Guatemala es asimismo miembro observador),¹⁶ con lo cual la Alianza se extendería hacia Centroamérica, zona que guarda vínculos estrechos con Estados Unidos, haciendo de puente entre Sudamérica y México.

Más allá de los objetivos que podemos encontrar en los documentos, la mayoría de ellos de naturaleza económica, la Alianza del Pacífico tiene una agenda política no explícita, que es la que nos interesa destacar. La articulación de los países en una lógica de reconquista neoliberal, en un momento en que la región era liderada por gobiernos de izquierda y progresistas que parecían caminar hacia un sistema postneoliberal, supone toda una declaración de principios. Máxime cuando esta agenda neoliberal va en consonancia con los intereses de Estados Unidos y sus propósitos de subsunción de la región a la lógica geopolítica del *hegemon*, que está operando para controlar el comercio internacional a través del ATP o TTP, que ataría las zonas del Asia Pacífico y América Latina y Caribe, además de la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (ACTI o TTIP por sus siglas en inglés), que involucra a los países de la Unión Europea. Cabe decir que ambos acuerdos se están negociando en el más absoluto de los secretismos, vulnerando el derecho ciudadano a conocer su contenido.¹⁷

Para algunos autores, los propósitos no escritos de la Alianza del Pacífico —pero implícitos— serían los siguientes:

- i.- Desarrollar una estrategia de fortalecimiento de los modelos de apertura por los que los países signatarios optaron, que se ven enfrentados al *impasse* del sistema multilateral de comercio y a un cuestionamiento de las políticas de apertura;
- ii.- Buscar un esquema que sirva para resguardarse de la crisis europea, que en mayor o menor medida impactará a estas economías, así como de la incierta situación de los EE UU y de los últimos resultados de China;

¹⁵ Es de notar que, ante la inminencia de las elecciones y el previsible cambio de gobierno, el Ejecutivo de Laura Chinchilla decidió acelerar el ingreso de Costa Rica a este organismo multilateral dejando la entrada a la Alianza del Pacífico como “herencia consumada” al nuevo gobierno presidido por Luis Guillermo Solís Rivera, pese a las voces críticas de otras fuerzas políticas que obtuvieron unos resultados considerables en las pasadas elecciones, como el Frente Amplio.

¹⁶ Desde enero de 2016 Guatemala cuenta con un nuevo presidente, Jimmy Morales, pero no se prevé que éste modifique la postura del país en relación al ingreso de Guatemala a la Alianza del Pacífico.

¹⁷ En el caso del ACTI o TTIP se ha llegado a prácticas tan antidemocráticas como restringir a los eurodiputados el acceso a los documentos, que sólo pueden ser consultados durante unos minutos y no pueden ser reproducidos ni fotografiados.

- iii.- Ejercer un contrapeso frente al Mercosur, no solamente a su carácter de proceso de integración, sino también a las estrategias negociadoras que ha tomado en esquemas como lo fue el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y en especial la participación de Brasil en la región, y cuyo posicionamiento México ha debatido; y
- iv.- Un intento más de diversificarse de la hegemonía de los EE UU (Muñoz y López, 2012).

Este último punto sería bastante cuestionable habida cuenta de que los países integrantes de la Alianza, a excepción de Colombia, forman parte del ATP o TPP, instrumento clave de la proyección estratégica, política y económica de Estados Unidos sobre el hemisferio occidental y más allá.

Otra muestra más de que la Alianza del Pacífico no pretende ser “un intento más de diversificarse de la hegemonía de los EE UU” es el hecho de que entre los observadores extracontinentales encontramos a una mayoría de países tradicionalmente aliados de Estados Unidos en el escenario internacional,¹⁸ algunos de los cuales (Japón, Australia, Nueva Zelanda, Singapur y Canadá) participan junto a Estados Unidos en las negociaciones del tratado comercial multilateral del ATP o TPP.

Además, todos ellos comercian principalmente con Estados Unidos, China y/o la Unión Europea y el flujo de comercio entre ellos es bastante bajo (Steinberg, 2015). En el caso de México, cuya economía está altamente comprometida con la de EE UU desde la firma del TLCAN en 1994, es todavía más clara la dificultad para diversificar sus relaciones comerciales.¹⁹ Los límites para la diversificación de la Inversión Extranjera Directa en una zona geográfica que es concebida como la reserva estratégica de Estados Unidos son evidentes, más cuando las élites gobernantes de estos países no parecen tener la intención de romper sus destacados vínculos económicos y políticos con Estados Unidos. Un aspecto no menor es que tanto Colombia, como México, Perú y Chile tienen compromisos profundos en materia de seguridad y militar con Estados Unidos. Desde el Plan Colombia entre este país y Estados Unidos, pasando por la Iniciativa Mérida o Plan Mérida entre México y Estados Unidos, o por el envío a principios de 2015 de 4000 soldados de EE UU a Perú para “combatir el narcotráfico y el terrorismo”, así como la presencia de once bases militares estadounidenses en Chile (y otras tantas en el resto de países), además de la cooperación militar entre Chile y Estados Unidos, los cuatro

¹⁸ La lista completa la integrarían Reino Unido, Finlandia, Francia, Portugal, España, Suiza, Países Bajos, Italia, Marruecos, Alemania, Turquía, Israel, India, Singapur, República Popular China, Nueva Zelanda, Australia, Corea del Sur y Japón.

¹⁹ De hecho, en abril de 2015 el periódico La Jornada recogía el malestar de algunos empresarios chinos a causa de la cancelación, por parte de las autoridades mexicanas, de importantes proyectos concesionados a empresas chinas. Unos empresarios que destacaban la “falta de certidumbre” como freno a la inversión en México. “Tras cancelarse proyectos, empresas chinas no tienen interés en invertir en México”, [en línea], en La Jornada, 21 de abril de 2015, Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2015/04/21/economia/021n2eco> (visitado el 21 de abril de 2015). La misma nota apuntaba: “Entre 2000 y 2013 las inversiones de China en México fueron de apenas 281 millones de dólares, una pequeña fracción de los 14 mil 400 millones de dólares que inyectó la nación asiática en Latinoamérica y el Caribe sólo en 2013, según datos oficiales”.

integrantes de la Alianza del Pacífico son facilitadores de la expansión militar de Estados Unidos en el continente.

La apertura económica en términos neoliberales que caracteriza a los países de la Alianza del Pacífico se comprueba, asimismo, observando cuál ha sido su accionar en relación con sus recursos naturales estratégicos, petroleros y minerales. Tanto México como Colombia y Perú han abierto sus industrias petroleras a la participación privada extranjera facilitando la compra de acciones de estas estratégicas empresas a capital privado. Mientras Pemex ha privatizado su industria en una decisión histórica que rompe con la constitucionalidad mexicana, Petroperú anunció la apertura del 49% de sus acciones a inversionistas privados “para mejorar la rentabilidad de la empresa”. Por su parte Ecopetrol, de Colombia, también ha hecho lo propio dejando el 11,5% del total de las acciones a disposición del capital privado. México, Perú y Chile son los países que más inversión extranjera han recibido en gastos de exploración minera,²⁰ lo que nos habla de un modelo económico no sólo enfocado en el extractivismo sino en la exportación de materia prima hacia terceros países. Ello reproduce un patrón de desarrollo basado en la economía de enclave que no logra superar la relación de dependencia centro-periferia. Este aspecto es un problema compartido por varias economías latinoamericanas, no solamente por las de los países integrantes de la Alianza del Pacífico, pero las políticas económicas puestas en práctica por éstos agravan, más que solucionan, esta característica estructural de la economía latinoamericano-caribeña.

Por otra parte, la Alianza del Pacífico carece de una agenda social (Morales Fajardo y De Jesús Almonte, 2012: 125) como sí la contemplan otras iniciativas como la CELAC, la Unasur y, por supuesto, el ALBA-TCP, que es el proyecto más avanzado en términos de construcción de una economía política alternativa para la integración. Un aspecto que es sumamente grave, pues demuestra falta de sensibilidad de estos gobiernos, así como su desidia hacia el establecimiento de mecanismos que puedan coadyuvar a mitigar los impactos de una mayor liberalización económica en sus respectivos pueblos. Por mucho que los defensores de la apertura comercial y de la agenda neoliberal consideren al “libre comercio como impulsor del crecimiento”, lo cierto es que este tipo de políticas en la línea del Consenso de Washington dejaron un saldo nefasto en la región latinoamericano-caribeña, hasta el punto que sus años de implementación fueron calificados por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) como la década perdida del continente. Además, como la historia se ha encargado de demostrar, las defensas retóricas del libre comercio pueden ir acompañadas de políticas proteccionistas en la práctica, sobre todo cuando se trata de la política de las potencias económicas que son las que llevan la batuta en el mercado global (De la Lama y Del Castillo Massot, 2008: 38-39).

Hoy la Alianza del Pacífico es, en sus propias palabras, la octava potencia económica y la octava potencia exportadora a nivel mundial, representa el 37% del PIB de América Latina y el Caribe, el 50% de su comercio total y el 45% de la inversión extranjera directa que se da en la región englobando a 214 millones de personas con un PIB per

²⁰ Citado en Delgado, 2011: 23.

cápita de 10,000 dólares.²¹ No obstante, la capacidad de sus cuatro países miembros para reducir la pobreza²² y la desigualdad²³ en los últimos años ha sido relativa y no homogénea. Está por verse el impacto que la implementación de la Alianza pueda tener a largo plazo en las respectivas economías nacionales. Pero lo que sí se puede afirmar por el momento es que los países miembros de la Alianza del Pacífico son un conjunto de Estados que busca en recetas del pasado, y de espaldas al resto de la región, una vía para su desarrollo económico.

Dos visiones geopolíticas divergentes

Sería suficiente observar los temas y el enfoque contenidos en las declaraciones y lineamientos producidos por la CELAC y la Alianza del Pacífico en sus respectivos encuentros institucionales para darnos cuenta de que la naturaleza de ambas iniciativas es claramente divergente. Mientras la primera cuenta con una agenda de marcado carácter político y social (posicionando temas como erradicación de la pobreza, salud, cultura, migración, ciencia y tecnología, erradicación del analfabetismo o empleo juvenil), la segunda se focaliza en aspectos comerciales (libre circulación de bienes, capitales, servicios y personas, convergencia bursátil, exportación-importación, etc.).

Es curioso que algunos autores tilden a procesos de integración como el ALBA-TCP o, incluso, el Mercosur de “ideologizados y cerrados” (García, 2013: 48) frente a la Alianza del Pacífico que sería, por el contrario, un proceso “no ideologizado”, como si la apuesta por un modelo de defensa a ultranza del neoliberalismo no tuviera ningún sesgo ideológico ni comportara unos valores éticos y morales particulares —casualmente funcionales a los intereses de las distintas clases dominantes— es decir, no universalmente compartidos, como demuestran los pueblos latinoamericanos cada vez que se levantan contra estas políticas que se pretenden presentar como “neutrales”, pero que están diseñadas desde las élites en el poder para la defensa de su correligionarios de

²¹ http://alianzapacifico.net/que_es_la_alianza/valor-estrategico/

²² Chile tenía en 2011 unas tasas de pobreza del 8,6% y de indigencia del 2,5% que fueron reducidas en 2013 a 6,1% y 1,8%, respectivamente. Colombia, con una pobreza del 13,2% y una indigencia del 2% en 2011, redujo sus tasas en 2013 a 10,2% y 1,6%, respectivamente. Perú, por su parte, pasó de unas tasas de 18% de pobreza y 1,4% de indigencia en 2011 a 16,1% de pobreza y 1% de indigencia en 2013. México, en cambio, partiendo de unas cifras mucho más abultadas muestra, además, un caso de aumento de la pobreza en los últimos años. Pasó de unas tasas de 32,3% de pobreza y 8,5% de indigencia en 2010 a un 33,2% de pobreza y 9,8% de indigencia en 2012 —últimos datos disponibles—. Datos de la CEPAL disponibles en: http://interwp.cepal.org/cepalstat/WEB_CEPALSTAT/perfilesNacionales.asp?idioma=e

²³ De 2011 a 2013 tanto Chile como Colombia y Perú han logrado reducir, si bien levemente en algunos casos, la desigualdad en sus países medida por el Índice de Gini (donde 100 es la inequidad perfecta y 0 la equidad perfecta). En Chile pasó del 50,8 en 2011 al 50,5 en 2013; en Colombia del 54,2 en 2011 al 53,5 en 2013; y en Perú del 45,5 en 2011 al 44,7 en 2013. El caso de México es el único en el que la brecha de la desigualdad se mantiene igual (48,1 entre 2010 y 2012, último año de existencia de datos). Datos del Banco Mundial disponibles en: <http://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI/countries/MX-PE-CL-CO?display=graph>

clase. En este sentido, se podría afirmar que la Alianza del Pacífico es, como el TLCAN entre México, Estados Unidos y Canadá, un proyecto de clase al servicio de las élites empresariales.

A pesar que la Alianza del Pacífico no es un proyecto que, por el momento, pretenda ni pueda abarcar al conjunto de los países latinoamericanos en un nuevo marco de integración/concertación, como sí lo es la CELAC, podemos afirmar que presenta un desafío al espíritu de la CELAC y al resto de iniciativas de carácter antihegemónico que han surgido en el continente americano en los últimos años. La Alianza del Pacífico es muestra de la reversión neoliberalizadora que pretende hacerse fuerte en el continente aprovechando el desgaste y los límites que algunos autores ven en los procesos de cambio de izquierda y progresistas. Un desgaste que dicha Alianza no sólo pretende capitalizar sino que coadyuva a fomentar generando un polo de atracción política para terceros países que no tienen un papel protagónico en la disputa bolivarianismo/panamericano en la región o que se mueven por meros intereses pragmáticos, de los que hace gala la Alianza del Pacífico. Ésta constituye, por tanto, la punta de lanza de un proyecto político al que no le interesa tener a una región latinoamericano-caribeña unida bajo parámetros latinoamericanistas ni mucho menos bajo el influjo del bolivarianismo. No hay que olvidar que la pugna entre estos dos modelos geopolíticos para la región se da en un contexto donde los intentos de golpes de Estado (algunos exitosos para las fuerzas golpistas como fueron los casos de Honduras en 2009 o Paraguay en 2012 y otros fallidos, como el golpe contra Hugo Chávez en Venezuela en 2002 o contra Rafael Correa en Ecuador en 2010) y la desestabilización contra los gobiernos progresistas y de izquierda han arreciado en los últimos años. Una práctica que no es novedosa en la región latinoamericana²⁴ pero que, en los últimos tiempos, ha experimentado un nuevo auge adoptando, además, fórmulas no vistas con anterioridad como es el protagonismo de los poderes legislativos y su alianza con los tradicionales poderes fácticos para provocar la remoción de los presidentes “incómodos” al *establishment* económico y político (casos de Manuel Zelaya en Honduras y Fernando Lugo en Paraguay). No es descabellado realizar una correlación entre los intentos de América Latina y Caribe por poner en marcha iniciativas de integración y concertación política que la alejan del sometimiento a los Estados Unidos y los ataques a los países que lideran y conforman dichas iniciativas. Las tensiones y las fracturas ideológicas existentes en el continente también se expresan en el marco de la CELAC, de la que los países pertenecientes a la Alianza del Pacífico son miembros. Los gobiernos que participan de ambas instancias están sometidos a presiones entre una agenda de carácter neoliberal que se concreta en políticas de apertura económica y otra que, aunque de momento no se materialice en compromisos con políticas específicas, supone llevar el debate a aspectos de la política alejados del enfoque neoliberal. Quizá consciente de que un mayor compromiso en una supone relegar a un segundo plano a la otra, el presidente Peña Nieto se ausentó de la III Cumbre de la CELAC que tuvo lugar en San José, Costa Rica, en enero de 2015.

²⁴ Al respecto puede consultarse, entre otros, Roitman Rosenmann (2013).

Los países de la Alianza del Pacífico que conviven en la CELAC podrían llegar a articular propuestas convergentes en torno a sus intereses específicos (igual que podrían hacerlo los países del “eje antisistémico” del ALBA-TCP, por otra parte) y actuar en ella como bloque o coalición, en aras de decantar la agenda de la CELAC hacia temas con los que se sientan más cómodos y menos comprometidos políticamente. Esto sería legítimo por ambas partes pero supondría una merma al espíritu de concertación y concordia con el que nació la CELAC.

Ésta se creó con una voluntad política subyacente de concretarla bajo una visión común de la Patria Grande, que entroncaba con los anhelados proyectos bolivarianos y martianos frente al monroísmo renovado de Estados Unidos, que estaría por encima de las divisiones ideológicas entre países. Tal visión está explicitada en las declaraciones de algunos mandatarios latinoamericanos, especialmente de aquellos que son presidentes de países del ALBA-TCP, aríetes del posicionamiento ideológico bolivariano. Así pueden leerse las declaraciones de Raúl Castro en la I Cumbre de Santiago de Chile en 2013:

Entre nosotros hay pensamientos distintos e, incluso, diferencias, pero la CELAC ha surgido sobre el acervo de doscientos años de lucha por la independencia y se basa en una profunda comunidad de objetivos. No es la CELAC, por tanto, una sucesión de meras reuniones ni coincidencias pragmáticas, sino una visión común de la Patria Grande latinoamericana y caribeña que solo se debe a sus pueblos (citado en Guerra Cabrera, 2013).

Es importante resaltar que la idea de la necesidad de la unión entre las naciones latinoamericanas por encima de diferencias políticas o ideológicas entre países frente al “enemigo externo del imperialismo” ha sido una defensa constante de la política exterior de la Revolución Cubana.²⁵ Pero esta idea no es compartida con la misma intensidad por el conjunto de los países latinoamericanos y caribeños, como la propia existencia de la Alianza del Pacífico viene a poner sobre la mesa.

No obstante lo anterior, los tiempos en América Latina y el Caribe han cambiado. Desde finales del siglo XX y, sobre todo, desde inicios del siglo XXI, la nueva correlación de fuerzas políticas, el fin de la Guerra Fría y los nuevos escenarios económicos internacionales, han llevado a que incluso los gobiernos aliados de Estados Unidos en la región sean conscientes de que la integración o, cuando menos, la concertación política con países en las antípodas ideológicas puede ser útil para establecer un frente común de defensa de las respectivas soberanías nacionales. Aunque los países de la Alianza del

²⁵ En el discurso pronunciado por el líder cubano Fidel Castro ante la explanada de Montevideo, Uruguay, en fecha tan temprana como el 5 de mayo de 1959, expresaba lo siguiente: “La América nuestra tiene un destino propio. La América nuestra tiene un rol propio (...) Difícil será la tarea de encontrar el camino propio en medio de las opiniones más disímiles, en medio de las ideas más contrapuestas. Pero hay algo que puede dignificar ese camino por encima de todas las disparidades de criterio, y es que los latinoamericanos busquemos aquellas cosas que son comunes a todos, busquemos aquellos intereses que son comunes a todos y, en pos de esa aspiración, unamos a todos los sectores de cada nación y a todas las naciones de América Latina para lograr nuestro objetivo” (Castro, 2009: 9).

Pacífico se plieguen —en mayor o menor medida— a los intereses de Estados Unidos y tengan una visión económica claramente pragmática y neoliberal, estos países también ven la oportunidad de fortalecer un bloque regional latinoamericano-caribeño que refuerce su capacidad negociadora en lo bilateral y en lo multilateral.

Reflexiones finales

Dada la relativa juventud de ambas iniciativas, y el aparentemente cambiante panorama electoral regional, es quizás aventurado establecer pronósticos a largo plazo al respecto de sus respectivas evoluciones. Lo que sí parece claro es que se atisba en ellas dos proyectos en pugna, apoyados en visiones ideológico-políticas distintas aunque ello no sea óbice para que en la CELAC coexistan, hasta la fecha en equilibrio, diversas posiciones sobre el papel que América Latina y el Caribe tienen que jugar en el sistema internacional, las cuotas de autonomía de las que debería dotarse o las relaciones que sería deseable establecer con Estados Unidos y otras potencias extrarregionales.

Como afirman algunos autores, quizás uno de los problemas que enfrentan actualmente los gobiernos de América Latina y el Caribe no sea tanto la creación de nuevos proyectos de integración o concertación política sino ponerse de acuerdo en qué hacer con los proyectos existentes (Malamud, 2012). Máxime cuando los proyectos existentes, como es el caso de la CELAC y la Alianza del Pacífico, tienen unos objetivos políticos claramente diferenciados que, de avanzar en sus divergencias, podrían llevar a la ruptura regional o, cuando menos, a una parálisis de facto que afectaría a la CELAC en caso de mantenerse la actual correlación de fuerzas regional. Por el contrario, si se produjera un cambio en la correlación de fuerzas regional que tuviera como resultado un mayor peso de los países que abogan por retomar la agenda de la liberalización económica como vía hacia el desarrollo, la CELAC bien podría mutar en su naturaleza y en sus objetivos. Se torna perentorio, entonces, continuar reflexionando acerca de los avances y frenos a la integración latinoamericana, así como debatir sobre los desafíos que implica para el continente la emergencia de múltiples procesos de integración y/o concertación política que se superponen y solapan ya que estas iniciativas pueden acabar siendo redundantes cuando conviven armónicamente o ser fuente de conflictividad, cuando expresan intereses contrapuestos o visiones diametralmente opuestas sobre lo que debe ser América Latina y el Caribe en su accionar internacional.

En este sentido, el papel de los pueblos latinoamericanos, vehiculado a través de los movimientos sociales u organizaciones políticas, es clave para que el debate no se quede en una mera reflexión academicista o tecnocrática. La integración tiene que partir de los pueblos, son ellos los que llevan siglos tratando de luchar por decidir el futuro del continente. Una lucha que parte de la transformación de su realidad nacional para poder lograr gobiernos de los que formen parte o, cuando menos, representen sus intereses y, de ahí, consigan modificar la correlación de fuerzas necesaria para elaborar una agenda de la integración en términos emancipadores.

Bibliografía

- Aharonian, A. (2014): "CELAC en La Habana: el desafío de construir una agenda propia y un destino común" [en línea] Quito, ALAI: *América Latina en Movimiento*, 23 de enero de 2014. Disponible en: <http://www.alainet.org/es/active/70702> (visitado el 27 de abril de 2014).
- Borón, A. (2012): *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Luxemburg, Buenos Aires.
- Briceño Ruiz, J. (2010): "La Iniciativa del Arco del Pacífico Latinoamericano", en *Nueva Sociedad*, N° 228, julio-agosto 2010, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, pp. 44-59.
- Ceceña, A.E. (2012): "Pistas y desafíos en la geopolítica latinoamericana", en *Inserción suramericana: temas estratégicos*, ALAI: *América Latina en Movimiento*, 480-481, noviembre-diciembre, Quito, pp. 16-18.
- De la Lama, A.D. y Del Castillo Massot, M. (2008): "La competencia mundial entre los bloques económicos", en Estay, Jaime (coord.): *La inserción de América Latina en la economía internacional*, CLACSO/Siglo XXI, México, pp. 37-57.
- Delgado, G.C. (2011): "Desangrando América Latina. Un balance de la transferencia de su riqueza", en *Rojo Amate*, Año 1, N° 3, México, pp. 20-28.
- Delgado Ramos, G.C. (2012): "Cambio global y geopolitización hemisférica de los recursos naturales", en *Nostromo. Revista crítica latinoamericana*, El Colegio de Chiuhua/UNAM, Año IV, N° 5, México, pp. 12-24.
- García, J. (2013): "Alianza del Pacífico. ¿Hacia dónde vamos?", en *Agenda Internacional*, Año XX, N° 31, pp. 43-54.
- Guerra Cabrera, Á. (2013): "La Celac y las luchas contra el neoliberalismo (I)", [en línea], La Habana, *Cubadebate*, 31 de enero de 2013. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/?p=201715> (visitado el 2 de febrero de 2013).
- Guerra Vilaboy, S. y Maldonado Gallardo, A. (2006): *Laberintos de la integración latinoamericana*. Comala, Caracas.
- Luzzani, T. (2012): *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Debate, Buenos Aires.
- Malamud, C. (2012): "La Alianza del Pacífico: un revulsivo para la integración regional en América Latina", [en línea], Madrid, Real Instituto Elcano, *ARI*, 46/2012, 27 de junio de 2012. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/ari46-2012, (visitado el 28 de enero de 2014).
- Morales Fajardo, M.E. y de Jesús Almonte, L. (2012): "¿Un nuevo intento a la integración latinoamericana? México y la Alianza del Pacífico", *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo*, Vol. 7, N° 14, julio-diciembre, Universidad de los Andes, Venezuela, pp. 111-134.
- Muñoz, F. y López, D. "El inicio formal de la Alianza del Pacífico" (2012): [en línea] en *Puentes*, vol. 13, n. 4, agosto 2012, Disponible en: <http://www.ictsd.org/bridges-news/>

- [puentes/news/el-inicio-formal-de-la-alianza-del-pac%C3%ADfico](#) (visitado el 23 de junio de 2014).
- Ojeda Medina, T. (2010): "Experiencias venezolanas en cooperación Sur-Sur" en Ayllón, Bruno y Surasky, Javier (coords.), *La cooperación Sur-Sur en Latinoamérica. Utopía y realidad*, Catarata, Madrid, pp. 153-175.
- Petras, J. y Veltmeyer, H. (2012): "Repensar la teoría imperialista y el imperialismo norteamericano en Latinoamérica", en Saxe-Fernández, John (editor), *Crisis e imperialismo*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM, México, pp. 159-184.
- Roitman Rosenmann, M. (2013): *Tiempos de oscuridad. Historia de los golpes de Estado en América Latina*. Akal, Madrid.
- Rojas Aravena, F. (2012): "La Celac y la integración latinoamericana y caribeña" en *Nueva Sociedad*, N° 240, julio-agosto, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, pp. 16-27.
- Russell, R. y Tokatlian, J. G. (2009): "Modelos de política exterior y opciones estratégicas. El caso de América Latina frente a Estados Unidos" en *Revista CIDOB d'Àfers Internacionals*, 85-86, Fundación CIDOB, Barcelona, pp. 211-249.
- Sanahuja, J.A. (2009): "Del 'regionalismo abierto' al 'regionalismo post-liberal'. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina", en Martínez, Laneydi et al. (coords), *Anuario de la integración regional de América Latina y el Gran Caribe*, CRIES, N° 7, Madrid, pp. 11-54.
- Sánchez Muñoz, A. (2012): "El nuevo mapa político y económico de América Latina: Alianza del Pacífico versus Unasur", *Estudios Geográficos*, Vol. LXXIII, N° 273, julio-diciembre, CSIC, Madrid, pp. 703-719.
- Saxe-Fernández, J. (2002): *La compra-venta de México. Una interpretación histórica y estratégica de las relaciones México-Estados Unidos*. Plaza y Janés, México.
- Saxe-Fernández, J. (2009): "América Latina: ¿reserva estratégica de Estados Unidos?" en *OSAL, CLACSO*, Año X, N° 25, abril, Buenos Aires, pp. 19-25.
- Steinberg, F. "La Alianza del Pacífico hace camino al andar", [en línea], Madrid, *Comentario Elcano* 24/2015, 30 de marzo de 2015, Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/Comentario-Steinberg-la-Alianza-del-Pacifico-hace-camino-al-andar (visitado el 31 de marzo de 2015).
- Tirado Sánchez, A. (2011): "La utopía *nuestroamericana* y bolivariana: una aproximación a las proyecciones externas de la Revolución cubana y la Revolución bolivariana de Venezuela", en *Documentos de trabajo CLACSO*, CLACSO, N° 9, Buenos Aires.
- "Tras cancelarse proyectos, empresas chinas no tienen interés en invertir en México", [en línea], en *La Jornada*, 21 de abril de 2015. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2015/04/21/economia/021n2eco> (visitado el 21 de abril de 2015).
- Transatlantic Task Force on Latin America (2013) *The Trilateral Bond: Mapping a New Era for Latin America, the United States, and Europe*. The Atlantic Council, Washington DC.